Pasado y Memoria
ISSN: 2386-4745
Núm. 26, 2023, pp. 508-511
https://doi.org/10.14198/pasado.24063

ALVARGONZÁLEZ FERNÁDEZ, Manuel, *José María de Torrijos y Uriarte. Más allá del cuadro de Gisbert*

Madrid, Sílex, 2021, 406 pp.

Víctor Sánchez Martín
Universidad de Alicante, España
v.sanchezmartin@ua.es

Cómo citar esta reseña: SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor. Alvargonzález Fernández, Manuel, *José María Torrijos y Uriarte. Más allá del cuadro de Gisbert. Pasado y Memoria,* (26), pp. 508-511, https://doi.org/10.14198/pasado.24063

De un tiempo a esta parte los aficionados al género biográfico estamos de enhorabuena por la renovada atención que está recibiendo el siglo XIX. Además de las monumentales biografías dedicadas a reyes, como la realizada por Emilio La Parra para Fernando VII o Isabel Burdiel para Isabel II, son cada vez más los personajes destacados de la revolución liberal cuya biografía se está revisando. Es el caso del José María de Torrijos de Manuel Alvargonzález, desvelado a través de una narración de exquisita factura que nos adentra en una época por la cual desfilan las ideas de la época y los principales liberales del momento, mostrando la nebulosa de intereses, posturas políticas y expectativas que envolvió la vida del mito liberal.

La obra se divide en cuatro grandes partes y una sucinta introducción. En esta, el autor plantea un recorrido por el recuerdo de Torrijos, a través de las obras que han analizado su vida, con pertinentes digresiones relativas a la poesía de Espronceda y al cuadro de Gisbert. Además de seguir el rastro que Torrijos había dejado en la publicística, el autor analiza las biografías que han precedido a este trabajo, destacando las de Irene Castells, Esteban Alcántara y Francisco Javier Salmerón Giménez. El objetivo que se propone, y consigue,

©2023 Víctor Sánchez Martín

Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

es ofrecer una renovada visión de conjunto de su vida acompañándola por una vívida historia de la primera revolución liberal, aportando un análisis de su actividad intelectual de Torrijos y su situación en el exilio.

La primera parte de la obra está dedicada a los primeros años de Torrijos, que coinciden con los del naciente estado liberal en España. Los nuevos principios de honradez, mérito personal y virtud permiten trazar un retrato psicológico de una generación, la de Torrijos, que va a nutrir las filas del liberalismo en estos primeros años. Nacido en una familia de la nobleza menor, vinculada a la administración y el ejército, disfrutó de una buena educación y una entrada en el ejército en condiciones ventajosas. El periodo 1808-1814 se analiza en base a tres episodios paradigmáticos: su papel en el sitio de Tortosa, su fugaz estancia como prisionero en Francia y su actuación como mando destacado de un regimiento de infantería.

Mención aparte merece el análisis que Alvargonzález realiza sobre Luisa Sáenz de Viniegra, la esposa de Torrijos y su primera biógrafa, situando a las mujeres en la narración a través de este testimonio, el cual analiza con detalle buscando posibles contradicciones con las fuentes primarias. A la par, se indaga por qué Viniegra recuerda algunas cosas sobre Torrijos y silencia otras, abordando de forma crítica su obra. Se estudia así el papel de las mujeres en la revolución liberal y es que junto a la biografía de Torrijos está ligada la vida y escritura biográfica de Luisa, omnipresente y de gran interés, ya que con esa escritura ella habla tanto de Torrijos como de ella misma.

El segundo capítulo se dedica al Sexenio Absolutista, momento de toma de conciencia política para Torrijos. Como otros liberales destacados de la época, Torrijos obtuvo un buen acomodo en el restaurado absolutismo y no fue considerado un revolucionario peligroso. De hecho, tuvo éxito en sus solicitudes al monarca, fue condecorado con profusión y aunque se negó a luchar en América, no dudó en hacerlo contra el Napoleón de los Cien Días. A partir de 1815 se valora el surgimiento de una conciencia política en Torrijos, pues la represión absolutista ya había alcanzado a sus cercanos y había podido observar los perjudiciales cambios en el ejército. Además, los pronunciamientos de Espoz y Mina o Porlier pudieron influirle a iniciar maniobras conspirativas en Murcia, donde contó con la ayuda de Juan Van Halen. Ambos utilizaron la estructura masónica para conspirar juntos desde 1817.

Finalmente en diciembre de 1817 Torrijos fue arrestado y llevado al castillo de Santa Bárbara en Alicante. En esta momento, Viniegra se adueña del protagonismo, pues será la encargada de comunicar informaciones a su encarcelado marido y su actividad fue muy intensa. El autor esclarece cómo se atribuye virtudes masculinas en su actuación; estamos por tanto ante una

heroína romántica que cuestiona la idea liberal de que las mujeres forman un colectivo con una naturaleza irracional y débil. Por último, se abordan las insurrecciones de febrero y marzo de 1820 en Murcia, que liberaron a nuestro protagonista. Alvargonzález realiza un análisis crítico acerca de las narraciones sobre aquellos días, pues Torrijos no reconocía la falta de apoyo popular o las presiones para que se jurase la Constitución, ya que deseaba presentar la revolución de 1820 como ejemplar y no violenta, siguiendo la tónica de otros relatos liberales que querían dar respetabilidad a la misma negando la violencia y los excesos populares.

El tercer capítulo, dedicado al Trienio Liberal, nos muestra a Torrijos en algunos de los momentos más importantes del periodo. Además de analizar los componentes ideológicos que configuraron su indudable liberalismo exaltado (con sus innegables límites democráticos o incomprensión del problema campesino) y el cambio político que supuso el retorno de la Constitución de Cádiz, seguimos la pista de un Torrijos encargado del orden público en Madrid. Ello lo hizo testigo y organizador principal de acontecimientos como los recibimientos de Quiroga y Riego; además, estuvo presente en los trascendentales acontecimientos del teatro del Príncipe, que supusieron la caída en desgracia del liberal asturiano por el supuesto canto del *Trágala*. Su testimonio, que hizo poca fortuna en la historiografía posterior, sigue siendo esencial para explicar el proceso de ruptura entre exaltados y moderados.

Alvargonzález detalla su papel en la fundación de la sociedad comunera y desmiente la afirmación de que Torrijos fue elector parroquial en las elecciones de 1821. Al igual, destaca cómo no solo desobedeció, sino que impulsó a la desobediencia en la jornada de la *batalla de las Platerías*. Apartado de Madrid, lo encontraremos en la guerra contra las partidas realistas de Cataluña, donde mostró una determinación y compromiso constitucional que mantuvo durante la invasión francesa de 1823. Finalmente, sería parte del frustrado gobierno comunero nombrado el 28 de febrero de 1823, nombramiento que nunca se hizo efectivo pero que le alejó de los campos de batalla, como también le había sucedido a Riego. Al igual que el asturiano, no pudo tomar las armas hasta que la situación ya era crítica, intentando devolver a la lucha, como también haría aquel, a las tropas de Ballesteros. Su último recurso fue resistir en Cartagena, apostando por combinar sus fuerzas con las de Riego. El dilatado asedio de la ciudad será otro momento esencial, pues fue causa de críticas a Torrijos en el posterior exilio pese a la dilatada resistencia.

Por último, el cuarto capítulo brilla con luz propia por la interrelación de múltiples factores para comprender mejor al hombre detrás del mito. Se analiza su vida en el exilio y cómo las labores de traducción y estudio de

las memorias de Bonaparte llevaron a Torrijos a creer en ciertos elementos propagandísticos de la leyenda napoleónica, con resultados desastrosos en cuanto a la preparación de su pronunciamiento. Además, en su análisis de la figura del corso, el liberal ofreció su particular visión de la política, el liderazgo y el patriotismo. Se obtiene así un profundo retrato intelectual de un liberal exaltado bajo la influencia de las ideas del Romanticismo, lo que no le impidió condenar el despotismo de Napoleón. Por otra parte, están los apóstoles de Cambridge, los jóvenes ingleses que vieron en Torrijos al héroe byroniano y quedaron marcados por su figura, hasta el punto de que algunos decidieron acompañarlo a Gibraltar en su funesto pronunciamiento.

Por último, la obra concluye con el Torrijos conspirador, reactivado desde 1828 por la nueva situación internacional que eclosionaría en las revoluciones de 1830. Su implicación en el proyecto iberista y su rivalidad con Mina y otros exiliados quedan bien detallados. Desde su llegada a Gibraltar en septiembre de 1830, encontramos una historia de vigilancia policial del absolutismo, traición, engaño y entusiasmo inagotable de un liberal siempre presto a encabezar una acción que, como señalase Irene Castells, debía seguir el modelo del pronunciamiento de Riego. Sin embargo, en 1830 la situación no era la misma y aquel sueño moría en la playa de San Andrés.

El relato es trepidante y complementa perfectamente la bibliografía sobre Torrijos con numerosa documentación de archivo que matiza, confirma o refuta buena parte de las aseveraciones tradicionales sobre el personaje. Para ello el autor no duda en enfrentar los relatos entre sí, contrastando los relatos decimonónicos con la documentación de archivo. En conclusión, el Torrijos de Alvargonzález es un personaje histórico detallado, humanizado por una narración que nos sumerge perfectamente en la época, con sus anhelos, esperanzas y traiciones. De esta manera, cuando leemos una excelente biografía, como es el caso, no solo conocemos mejor al biografiado, sino que también conocemos mejor la época a través de sus protagonistas y sus ideas. En este caso, además, la narración nos atrapa, imbuida del aire romántico y apasionado del biografiado.